



CHISMÓGRAFO

Adriana Mondragón

ADRIANA MONDRAGÓN COLLADO
(TOLUCA, MÉXICO, 1991). Es licenciada en Sociología por la Universidad Autónoma del Estado de México, donde presentó como trabajo final el ensayo *La construcción discursiva de la prostituta a partir del género musical bolero*. Laboró en el Departamento de Comunicación Educativa del Museo Nacional de las Culturas.

CHISMÓGRAFO

Adriana Mondragón Collado

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

CHISMÓGRAFO

COLECCIÓN INVITACIÓN AL INCENDIO DE NARRATIVA 4

grafógrafxs





EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

CORRECCIÓN DE ESTILO

Mónica Moreno Cedillo

Nidia Carolina Cruz Aragón

DOÑA LUCHA

“Todas las mañanas que entra por mi ventana el señor sol, doy gracias a Dios por otro día más como hoy...”. Siempre que doña Lucha amanecía de buen humor cantaba esa canción, y más que interrumpir mis horas de sueño, me contagiaba su alegría. Conocí a doña Lucha hace algunos años; era mi vecina de abajo y, desde que llegué a este edificio, me pareció todo un enigma.

Doña Lucha o doña Tita (como solíamos llamarle) era una señora que no pasaba de los cuarenta y tantos, vivía sola, no tenía luz ni agua en su departamento y muchas veces la llegué a encontrar pidiendo limosna en la esquina de la iglesia o afuera del minisúper de la colonia. Doña Lucha era muy limpia, todos los días se levantaba a sacar agua de la cisterna para bañarse y trapear su casa. Algunas veces llegó a saludarme, otras simplemente me ignoraba; pero en una ocasión, cuando iba subiendo las escaleras hacia mi departamento, comenzó a gritarme: “¿Te gusta verme desnuda? ¡Maldito marimacho! La próxima vez te voy a acusar con el comandante”. Decidí pasarme de largo. No me atreví a mirarla aquella vez ni las demás ocasiones en las que se le ocurrió gritarme.

En el edificio corrían muchos rumores sobre ella; el principal era que estaba loca y que había quedado así desde hace

mucho tiempo. Otros relacionaban su comportamiento con la muerte de su madre, con quien había compartido la mayor parte de su vida. Dicen que cuando su madre falleció, doña Lucha no hizo nada, la dejó ahí en el departamento hasta que el olor comenzó a llegar a las demás casas, así que los vecinos, intranquilos, llamaron a la policía. Cuando los oficiales entraron al departamento encontraron el cadáver ya en estado de putrefacción.

A pesar de estas historias y del supuesto conflicto que doña Lucha tenía conmigo, yo no le temía; al contrario, me intrigaba tanto que podía pasar grandes ratos observándola. Poco a poco mi vecina se fue convirtiendo en parte esencial de mi cotidianidad y de mi alegría. Todos los días me despertaba con la esperanza de poder presenciar alguna de sus excentricidades. Incluso llegó a ser tema central de la mayoría de mis pláticas. Mis compañeras del departamento me decían que estaba obsesionada. Yo no creo haberlo estado, lo que sí admito es que sentía fascinación por ella.

Doña Lucha no se caracterizaba por ser una mujer discreta, así como cantaba de felicidad en las mañanas, había otros días donde le daba por pasearse desnuda en el interior y en los alrededores de su departamento. Otras veces “hablaba” por teléfono con el dichoso comandante quejándose siempre de Cecilio, el negro homosexual y de Micaela y su séquito de maricones. En varias ocasiones la escuché conversar con alguien sobre Tito. Ahora que lo pienso, siempre estaba hablando de Tito: Tito esto, Tito aquello, Tito me hizo, Tito me dijo, Tito

es bueno, Tito es malo, etcétera. Era tanta su devoción que llegué a creer que podía ser su amigo imaginario.

Un buen día me sorprendió la presencia del mentado Tito, un joven de entre 23 y 25 años, güero de rancho y con un *mohawk* color rosa muy deslavado, que por cierto estaba bastante apachurrado. Con el tiempo me di cuenta de que Tito era drogadicto; de eso no me quedaba duda, pues las veces que me lo llegué a topar siempre traía la mona en la mano. Al igual que doña Lucha, se dedicaba a limosnear, aunque se atrevía a presumir que era vendedor de artesanías.

Las visitas de Tito en el edificio comenzaron a ser más constantes, incluso se decía que la misma doña Lucha le había dado una copia de las llaves. La presencia de Tito, a comparación de la de doña Lucha, era desagradable. Cuando clavaba los ojos en alguien lograba hacerlo sentir vulnerable; a veces creo que tenía ese mismo efecto con ella, sólo que esta lo idolatraba y estaba dispuesta a todo, incluso a que metiera a otros gañanes a su casa. Realmente nunca me quedó muy claro cuál era la relación de estos dos, lo que puedo asegurar es que ella estaba totalmente enamorada de él. De Tito no queda más que decir que era un abusivo.

Una tarde, mientras intentaba hacer tarea, me puse a pensar en Tito. Entonces recordé al comandante, a Cecilio, al negro homosexual y a la Micaela con su séquito de maricones. Comencé a cuestionarme su existencia, y recordé las veces que escuché o que vi a doña Lucha hablar con el comandante desde su celular imaginario. Llegué a la conclusión de

que por lo menos este no era real. Pero, ¿qué pasaba con los demás?, ¿eran reales?, ¿conocían a Tito?, ¿eran enemigos de doña Lucha?, ¿doña Lucha era homofóbica? Si antes me intrigaba, ahora sí me estaba obsesionando con ella, quería saberlo todo. Entonces decidí abandonar mis obligaciones y me puse a investigar su vida.

Recordé todas esas tardes mientras miraba a mi vecina a través de la ventana, siempre conversando consigo misma o con el supuesto comandante. Por ese motivo sabía que debido a mi curiosidad tenía material suficiente para realizar un mapa mental. Empecé por enlistar a los personajes: en primer lugar estaba el comandante, aparentemente el único amigo de doña Lucha, su protector y a quien siempre acudía cuando se encontraba molesta. El comandante, al parecer, era un hombre de bien que luchaba contra la prostitución y la trata de personas; lo sé porque este tema era recurrente en sus “conversaciones”. En segundo lugar se encontraba Cecilio, un cuarentón, hijo de un tal arquitecto que, a diferencia de su retoño, era una persona decente. Cecilio era padrote y supuestamente se dedicaba a traficar con mujeres jóvenes y pobres a las que enamoraba o engañaba con la promesa de lanzarlas al mundo del estrellato, ya sea como actrices o modelos. Por esa razón doña Lucha quería refundirlo en la cárcel, al parecer ya había tenido varios conflictos con él.

Doña Lucha no era la única enemistada con Cecilio; otro de sus rivales era el negro homosexual. La verdad es que este personaje siempre causó mucho revuelo en mi cabeza, ya que

doña Lucha lo describía de varias formas. Una de esas era su raza; otra era que siempre vestía de negro; y la última, que me resultaba un poco absurda y bastante divertida, era la de su falta de aseo. Ella decía: “Es negro y le gusta estar más negro; ¡pinche mugroso!”. En realidad, no sabía cuál era su relación con doña Lucha, o a qué se dedicaba; quizá también era padrote o tratante de blancas o simplemente había sostenido una relación amorosa con el tal Cecilio. Cuando se trataba del negro homosexual existían un montón de posibilidades.

La enemiga número uno de doña Lucha era Micaela y, claro, su séquito de maricones, a los cuales describía como de otro planeta, pues eran hombres vestidos de mujer. Tengo la hipótesis de que ese grupo se componía de transexuales, aunque me gustaba imaginarlos empelucados y con pieles tornasoles. Micaela era dueña de un putero, el cual frecuentaba Tito y al que, por amor, doña Lucha se vio obligada a acompañarlo varias veces. Lo que más le molestaba de Micaela no era tanto su séquito de maricones extraterrestres ni su supuesta profesión, sino que doña Lucha juraba que Micaela envenenaba la cabeza de su amado con bebidas embriagantes y mujeres de la vida galante, por ese motivo quería cerrarle el changarro.

Debido al contexto que había desarrollado en mi mapa mental, mil posibilidades atravesaron mi pensamiento: quizá doña Lucha en algún punto de su vida formó parte del mundo de la prostitución, quizá el supuesto comandante la había sacado de ahí. No estaba segura, podía ser una posibilidad. Llegué a imaginarla como la protagonista de una película de

arrabal; los personajes, sus ocupaciones y los lugares eran perfectos. Disfrutaba imaginando que era ella; me veía entrando al putero, con sus luces a medias, los tapices rojos, el olor a alcohol y el humo del tabaco, mientras de fondo se escuchaba un bolero.

Creo que nunca estuve así de interesada por alguien en todo lo que llevo de vida. Pasaba días y noches pensando en mi vecina. Me planteaba una y otra vez cómo había sido su vida antes de la calle y de Tito. Intentaba imaginar su infancia, pero me era imposible verla como niña o adolescente. Me preguntaba el origen de su locura, si era algo de nacimiento o lo había adquirido con el tiempo; quizá su familia no había sido buena con ella o, todo lo contrario, había sido una niña mimada, o tal vez su locura se debía a un mal de amores. Quizá después de todas estas conjeturas yo era la loca, dudo que doña Lucha pensara siquiera un momento en mí, sólo sé que a veces me recordaba como “el maldito marimacho” que accidentalmente la había visto desnuda.

Nunca pensé en esa posibilidad, pero sucedió: doña Lucha no regresó al edificio. Al principio no me alarmé, pues sabía que a veces se desaparecía por dos o tres días. Hasta que pasaron quince días fue cuando me preocupé y decidí salir a buscarla. Recorrí las calles, busqué en la iglesia y en el minisúper. No estaba. Ese día no pude dormir, pues me sentía desesperada. No dejé de llorar, estaba triste y molesta conmigo por no haberla ido a buscar antes; me di cuenta de lo entrañable que era en mi vida.

Días después de mi búsqueda alguien llamó a la puerta del departamento. Al abrirla me encontré con el casero, quien me entregó las nuevas llaves de la entrada. Para eso doña Lucha llevaba más de un mes sin aparecer. Entonces le pregunté sobre el paradero de doña Lucha y qué pasaría con ella si regresaba y no podía abrir la puerta. Él me contestó:

—Uy niña, no sé si volveremos a ver a la señora Luchita por aquí. Fíjese que lo último que supe es que hace unas semanas, mientras limosneaba en la esquina de la iglesia, tuvo un altercado con unas señoritas de la vida galante. Al parecer estas le metieron una madrina que la pobre Luchita terminó internada en el hospital. Pero no se preocupe, en cuanto ella regrese, si es que regresa, yo me voy a encargar de hacerle su juego de llaves.

Quise investigar en qué hospital podía encontrarla. El casero no supo decirme. Además, creo que ya había pasado bastante tiempo para que ella siguiera internada. Repentinamente dos pensamientos se engancharon a mi mente. Uno era que debido a su salud mental la habían llevado a un psiquiátrico. El otro, trágico y un poco más realista, era que mi querida vecina ya no era parte de este mundo. Intenté buscarla, pero no pude hacer mucho para encontrarla, ya que de doña Lucha lo único que sabía es que era mi vecina y que estaba loca.

Lo admito, fue una gran pérdida, doña Lucha se había convertido en parte de mi vida. Todos los días me despertaba con ganas de escucharla cantar. Pensaba en ella, en la vez que accidentalmente la vi desnuda, en sus conversaciones, en

sus recorridos por el edificio y por las calles del centro de la ciudad. También vinieron a mi mente Tito, el comandante, Cecilio, el negro homosexual y Micaela. Ellos también se esfumaron con ella. Entonces recordé un pequeño fragmento de un poema que había leído hace tiempo, que decía más o menos así: “Tú eres la que se desnuda para que el verano tenga vientos propicios, la que canta amartillando su corazón como el cielo que piensa en la tormenta”.

LA JULIA

La Julia, como la llamaban sus compañeros de la oficina, era una mujer sumamente desagradable. Su tez tenía un aspecto gris y acartonado, y debajo de sus ojos descansaban grandes ojeras, ocasionadas por su trastorno de sueño; ni hablar de su cabellera desaseada que, sumada a su adicción al tabaco, alcohol y una que otra sustancia ilegal, hacía que tuviera un olor penetrante, asqueroso. Era una trabajadora mediocre que olvidaba cosas, sufría frecuentes distracciones y generalmente cuando estaba sentada frente al escritorio no hacía más que bostezar, mirar videos o jugar con su celular. Y a pesar de que sus compañeros se quejaban de su trabajo, el jefe no podía correrla, pues su plaza era heredada.

Ella llevaba una vida llena de excesos, los que daban sentido a su aspecto descuidado y la hacían lucir mayor. Era una de esas mujeres de conducta “reprobable” y todos lo sabían. De hecho, sus compañeros de trabajo, que siempre hablaban a sus espaldas, la tomaban como la encarnación de todo lo inmoral y torcido. Estos hacían correr rumores sobre la vida de Julia fuera del trabajo, donde decían que era una fácil, que en su casa siempre había fiestas que terminaban casi casi en orgía, y que incluso llegaba a ofrecer dinero por sexo. Para ellos todo esto tenía sentido, pues ¿quién querría meterse con esa mujerzuela?

La Julia vivía sola en la casa de sus padres, de la que se había adueñado antes de que ellos murieran, dejando a sus hermanas sin herencia. Se decía que su casa era un muladar, un sitio desagradable, el reflejo de su personalidad, pues ella siempre se veía sucia, vestía su ropa percutida y olorosa. En algún punto de la vida debió ser atractiva, pero poco quedaba de eso en su aspecto.

Desde hacía algún tiempo estaba enamorada del señor De Luna, el contador de la oficina, quien, gracias a los rumores que rondaban acerca de ella, la evitaba, a pesar de que vivían cerca. Algunas veces ella lo invitó a tomar un café, pero él, muy amablemente, declinaba sus propuestas. A Julia no le quedaba más que llegar a la soledad de su casa, donde, por obvias razones, no la visitaban ni sus hermanas; la realidad es que siempre estaba sola.

Una noche, mientras batallaba con el insomnio, le pareció percibir un intenso aroma a lavanda. No le dio ni tiempo de investigar cuando cayó en un sueño profundo, durmió como no lo había hecho en años. A la noche siguiente sucedió lo mismo, y así, día tras día. Cada que se disponía a mantenerse despierta el olor a lavanda comenzaba a inundar la habitación, haciéndola caer en un sueño sumamente profundo. Al principio no le molestaba dormir, de hecho se sentía totalmente renovada, con ánimo, tanto que comenzó a ser un poco más aseada.

Cuando inició este suceso, tanto su imagen como su desempeño laboral empezaron a mejorar. Julia lucía radiante, comenzó a recibir felicitaciones por su trabajo y por primera vez

sus compañeros no se quejaban de ella. Además, empezó a llamar la atención del señor De Luna, quien incluso la invitó a salir un par de veces, pero Julia lo dejó plantado, y no fue por voluntad propia, en cuanto empezaba a oscurecer, el espeso aroma a lavanda le imposibilitaba salir de casa. Esta situación la llevó a la angustia, pues aunque todo parecía haber mejorado, ella seguía sintiéndose sola.

Ese aroma a lavanda comenzó a obsesionarle. Diariamente revisaba la casa de arriba abajo sin encontrar algún rastro de esa fragancia que la hacía desmayarse. Como su casa estaba bastante sucia, Julia pensó que alguna de sus hermanas le estaba haciendo una broma pesada, que entraba a su casa sin permiso y le escondía aromatizantes o aceites de aromaterapia. Decidió poner un sistema de cámaras, pensó que de ese modo estaría tranquila y descubriría a quien no la dejaba salir con el señor De Luna, y, peor aún, la limitaba a seguir fumando, alcoholizándose y degustando de vez en cuando una que otra sustancia ilícita, de las cuales disfrutaba en soledad. Esa noche planeó desvelarse mirando las cámaras, pero no lo logró; el aroma se volvió a apoderar de la casa y ella de un momento a otro cayó rendida.

Como a las once de la mañana Julia se caía de sueño. A pesar de que había dormido profundamente durante la noche, sentía que los ojos se le cerraban y el cuerpo se le aflojaba pesadamente. Fue al baño a echarse agua en la cara. Entonces escuchó cómo dos de sus compañeras platicaban en el pasillo, junto a la escalera.

—¿Te fijaste en la cara que trae esa hoy?

—Sí, desastrosa. Al parecer regresó a las andadas o quizá nunca las dejó...

—Era de esperarse, nunca le dio pena presentarse a trabajar así antes.

—Aunque ahora se ve un poco mejor, pero ya sabes, aunque la mona se vista de seda...

—Bueno, al menos ya no tiene oportunidad con el señor De Luna, y la pobre tan sola.

—Sola, sí. Ella se merece estar sola, siempre fue desagradable y luego con lo fácil que dicen que es.

—A mí me da lástima verla, comenzaba a tener fe en ella, pero otra vez se ve sucia y acabada. Ya debería retirarse.

—¡Claro!, con esa pinta y a su edad...

Julia sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza. Le comenzaron a temblar las manos, y las piernas se le aflojaron. La palabra “sola” rondaba en su mente, pues sabía que eso no estaba alejado de la realidad. Un velo tibio le nubló la vista y las lágrimas le rodaron por las mejillas encendidas.

Julia miraba los videos de sus cámaras todo el día; cuando notaba un movimiento sospechoso lo repetía un montón de veces. Saber de dónde provenía ese aroma a lavanda la mantenía demasiado ocupada. En el trabajo era más mediocre que antes, su jefe tuvo que pedirle que temporalmente cediera su plaza o que por lo menos se tomara unas semanas de vacaciones. A partir de ese descanso forzado sus días se reducían a mirar los videos de su casa y, sin aviso, quedar profundamente dormida.

Mientras pasaba el tiempo el aroma a lavanda se volvía más denso. Julia dormía casi todo el día, dejó de comer y ya no le quedaba tiempo para sus vicios. Al menos su cara ya no tenía aspecto gris y acartonado. Las pocas horas que lograba mantenerse despierta ya no le alcanzaban para mirar completos los videos. En los pocos momentos de lucidez que le quedaban pensó en llamar a sus hermanas, quizá podían socorrerla o al menos escuchar lo que sucedía en casa. Nunca fue muy allegada a ellas, Julia sabía que la detestaban por haberse adueñado de la casa, pero también estaba segura de que en algún punto le harían una llamada o por lo menos le escribirían.

Pasaron días y semanas; su teléfono sonó varias ocasiones en ese tiempo, pero Julia no respondía. Los mensajes de texto no fueron tan insistentes, pero la ausencia de respuesta preocupó a sus hermanas. Decidieron ir a buscarla a su casa. Con dificultad lograron entrar. Se encontraron con un lugar sucio, muy diferente a aquel en donde habían crecido con sus padres. Sintieron tristeza mezclada con un poco de ira. Gritaron el nombre de su hermana, y nada. Recorrieron la casa, hasta llegar a la recámara principal. Ahí estaba Julia dormida, enredada entre las sábanas. Lucía mejor que nunca.

MARÍA LUISA, MI AMOR

Mi único contacto con María Luisa fue mediante fotos. Más allá de eso nunca me interesó buscar una amistad con ella, mucho menos conocer su historia y las cosas que pasaban por su cabeza. En cuanto a lo físico, que era lo que me importaba, tuve dificultad para definir si me parecía bonita, común o fea, definitivamente no me era indiferente, había algo que llamaba mi atención.

Todos los días entraba a su perfil de Instagram esperando con ansias encontrarme una foto nueva, pero las apariciones eran muy esporádicas; a veces sentía que la falta de actividad en sus redes tenía el propósito de exasperarme. Cada que sucedía eso, mi inconformidad me llevaba a hacer un extenso recorrido en su cuenta. Conocí a su familia y amigos, e incluso memoricé la fecha de su primera publicación: 4 de diciembre de 2014. Siempre que terminaba de revisar me llevaba la impresión de que era simplona y aburrida; a pesar de eso existía una fuerza magnética que me obligaba a querer ver más de ella.

En varias ocasiones me sorprendí comparándome con María Luisa. Eso me hacía sentir muchísima vergüenza, pues durante mi proceso de deconstrucción había aprendido que no debía compararme con otras chicas, pero ella me hizo caer de nuevo en esa trampa. Veía sus fotos mientras me miraba al espejo, y vaya que éramos diferentes: sus senos eran grandes y

perfectos, en comparación con los míos, que se asemejaban al pecho de mi primo puberto, pero sus ojos tan claros y vacíos me daban miedo, la verdad es que me gustaban más los míos.

María Luisa. Ese nombre no me hacía sentido con su cara. Aún recuerdo cuando Julia me habló de ella por primera vez. Yo sólo pensé: “Triste Gerardo, ya le anda haciendo a eso de las *sugar mommies*”. Gerardo era mi exnovio, uno de los grandes traumas en la historia de mis relaciones. Tenía rato que habíamos terminado, pero a pesar de eso yo buscaba la forma de seguir enterándome de su vida. A veces no comprendo por qué me traumé tanto con él, de hecho habíamos durado poco más de tres meses, y durante ese tiempo él me hacía sentir completamente ajena a mi persona.

Regresando a María Luisa, por el nombre yo le calculaba unos 40. Me la imaginaba santurrón, viuda y sin hijos. La imagen que yo había creado sobre ella rondó días y noches por mi cabeza. A veces me robaba el sueño y yo aprovechaba para hacer películas de su supuesta vida. En otras ocasiones me preguntaba qué le había visto Gerardo, pero la verdad es que tampoco estaba segura de cuál era la relación entre estos dos, únicamente sabía lo que Julia me contó aquel día, y eso era que los había encontrado en una fiesta, y que Gerardo simplemente se la había presentado como María Luisa, tal cual, tajante, sin etiquetas.

Una noche no aguanté más, las suposiciones me tenían agobiada, entonces rompí el pacto que algunos años atrás había hecho conmigo misma: entré al perfil de Gerardo. Escribí en el

buscador el nombre de María Luisa; no apareció. Intenté con diminutivos y posibles apodos; tampoco tuve éxito. Me puse a revisar una por una las fotos de Gerardo, busqué entre comentarios y *likes*, hasta que llegué a una foto donde había un comentario de una tal LouisLife, yo estaba segura de que era ella. Así que busqué su perfil, pero este era privado. Sentí cómo de golpe se me fue el aire.

Esa noticia me puso mal, tanto que el cuerpo me tembló e incluso me tuve que parar a vomitar. Tenía que hacer algo, pues ya había sobrepasado mis límites, no podía quedarme así conformándome con mirar una foto miniatura de María Luisa. Por un instante pensé en darle *follow* desde mi cuenta, pero sabía que era un grave error y que además eso me delataría con Gerardo, y así él podría confirmar su teoría de que yo era una *freak*. Nunca me había sentido así hasta que estuve con él. De hecho, cuando las cosas terminaron entre nosotros él se encargó de esparcir el rumor de que yo era muy extraña, y que siempre hacía cosas que lo sacaban de onda.

Para saber de ella necesitaba proteger mi identidad, pues no quería verme afectada, pero tampoco podía soportar la idea de resignarme a mirar esa minifoto que me asfixiaba lentamente. Entonces se me ocurrió hacer una cuenta tipo revista, de esas donde se suben fotos de arte, moda, maquillaje, música, cine o cualquier disparate que parezca atractivo, ya lo había hecho antes, crear una cuenta (la cual había olvidado) que compartía con mi amiga Julia para *stalk*ear a Gerardo. Estaba consciente de que me llevaría tiempo crearla, pero tenía que

lucir interesante, pues de ese modo María Luisa me aceptaría y así al fin podría verla.

Pasaron semanas, la cuenta tenía poco menos de treientos seguidores y parecía que esta ya era digna de seguir a María Luisa, así que le di *follow*. Por horas me pasé mirando el teléfono, esperando la notificación que me revelaría la imagen de mi reciente pesadilla. A ratos me llenaba de miedo, pues había una gran probabilidad de que esta nunca me aceptara o que incluso llegara a sospechar de mí y quizá se lo comentara a mi ex, entonces todo mi esfuerzo se vería arruinado. Esa posibilidad me parecía boba, seguro que ella no sabía que existía en este mundo o quizá sí y, como todas las personas que rodean a Gerardo, me señalaría como su exnovia la loca. En realidad nunca comprendí por qué él me difamó de esa manera, pues yo siempre me esforcé por mostrarme paciente ante sus crisis y berrinches.

Era tarde y sentía el estómago revuelto. Estuve a nada de llorar cuando se iluminó la pantalla del móvil. Presentí que había llegado el momento en el que finalmente le pondría cara a María Luisa. El éxtasis fue tan inmenso que advertí cómo falló mi esfínter, tuve que salir corriendo al baño con el teléfono en la mano. Lo recuerdo a la perfección, estaba sentada en el retrete cuando entré por primera vez a su cuenta. De reojo, pude ver que la mayoría de sus fotos eran selfis todas muy genéricas, pero eso no me detuvo a examinar cada una de ellas. En ese instante no me importó tener el trasero entumido y congelado.

De momento sentí alivio, ella no se parecía nada a la mujer que habitó semanas en mi cabeza. Pero tenerla tan presente me hizo pensar en Gerardo y en el inicio de nuestra relación, que para mí había sido tan significativa. Me dolía especular que quizá él se había mostrado de la misma manera con ella que conmigo. Estaba celosa, sentía que odiaba a María Luisa, era absurdo. ¿Cómo podía odiar a alguien que ni siquiera conocía?, ¿cómo podía seguir celando a mi ex que ya no era parte de mi vida? Tantos artículos leídos sobre el “amor romántico” para volver a esto; mi espíritu estaba vencido.

Quise encontrarle mil defectos. No podía. Y no porque pensara que es perfecta, pues yo tampoco lo soy. Además, sabía que éramos mujeres diferentes, y dentro de mi locura pude darme cuenta de que no podía odiarla por estar con Gerardo, mucho menos por su aspecto. Odiar es una palabra fuerte. Si yo supiera que ella maltrataba abuelas, pateaba perros en la calle o era secuestradora profesional de menores, vaya que la cosa hubiera sido diferente. Pero la verdad es que me transmitía una vibra linda.

Después de superar el odio y los celos, seguí soñando con María Luisa. Algunas veces dentro de estos sueños parecía que éramos la misma persona. En ocasiones deseaba despertar en el cuerpo de ella, sentir cómo era tener esos senos perfectos, verme a través de sus ojos y tomarme miles de fotos, proyectar esa seguridad que para mí le daba ciertos toques de belleza. Y me moría de tristeza cuando despertaba y miraba hacia abajo y sólo alcanzaba a ver dos pequeñísimos bultos.

Viviendo en una ciudad tan pequeña como esta, pensé que en algún punto de la vida coincidiríamos en la calle, en el centro comercial o en una fiesta. Siempre que salía de casa pensaba “hoy sí me voy a encontrar a María Luisa”, y cada que llegaba a mi destino sentía cómo el corazón se quería salir de mi pecho, e inmediatamente me ponía a escanear el lugar. Me exaltaba cuando veía a cualquier mujer de espaldas que me pareciera similar. Para cerciorarme, la seguía, y cuando me daba cuenta de que no era ella, sentía mucha tristeza. Llegué a creer que podíamos ser grandes amigas, de hecho las mejores, y comprobar que estaba errada esa teoría de que nosotras las mujeres nos odiábamos por el hecho de haber estado con el mismo sujeto.

Nunca le conté a nadie lo que me pasaba con María Luisa, pues tenía miedo de que me juzgaran y de que eso me hiciera revivir todo lo que Gerardo alguna vez había dicho sobre mí. Pero ya no me bastaba con mirar sus fotos, había llegado a este punto donde quería conocerla, invitarla a salir y conversar con ella. Tal vez así se daría cuenta de que yo no era eso que los demás decían.

Un día, platicando con Julia, comencé a preguntarle sobre Gerardo. Ella se limitó a decirme un par de banalidades, y la verdad es que a mí él ya no me importaba, yo sólo quería que mencionara a María Luisa. No lo hizo. Me llené de valor y le pregunté:

—Oye, ¿y qué fue de la novia de Gerardo, su *sugar mommy*?

—Mmm, no recuerdo a ninguna otra novia de Gerardo, no sé de qué me estás hablando.

—No te hagas, la novia de Gerardo o, bueno, la chica con la que lo viste la última vez en aquella fiesta.

—Desde que terminaste con Gerardo yo no lo he visto. Sólo sé de él por las cosas que me cuenta su hermana o por lo que publica en sus redes.

Después de esa conversación me quedé atónita. Llegando a mi casa entré a Instagram de inmediato. Se abrió mi perfil personal, apachurré la flecha de la izquierda, que me llevaría a la lista donde estaba la cuenta con la que la espiaba. En esa lista me apareció un perfil con el nombre LouisLife. Entonces lo recordé todo: Julia y yo éramos María Luisa.

EL ACECHO

Estar cerca de Mauro Cervantes era una pesadilla, y no sólo por su olor a ropa húmeda o su impertinencia al entrometerse en conversaciones ajenas, momento en el que siempre buscaba tener la razón, sin importarle cuál fuera el tema. Hubo un tiempo, recién cuando entró a trabajar con nosotros, que pensamos que era un sujeto agradable; no por el hecho de que seamos compañeros de trabajo tenemos que ser amigos, pero cuando el ambiente es ameno se agradece. Trabajábamos en un periódico local bastante pequeño, el equipo se componía de veinte personas, Mauro y yo compartíamos el área de redacción. Así fue como llegó Mauro a mi vida, desgraciadamente por las malditas consecuencias del destino.

No dudo que Mauro sea un sujeto talentoso. A veces sus pláticas resultaban bastante interesantes, tanto que me atrapaban al punto de hacer a un lado el trabajo y no tener más que oídos para él. Yo sabía que le gustaba y que todo lo que me contaba o me mostraba lo hacía para impresionarme. En algún punto eso me enternecía. Así fueron los primeros tres meses desde su llegada, y la gente que nos rodeaba me preguntaba cómo le hacía para aguantar a un tipo tan detestable; a mí hasta ese momento no me lo parecía. Yo pensaba que Mauro era un oportunista incomprensido, que tenía severos problemas para socializar. Estaba segura de que por el único

motivo por el cual él se sentía atraído por mí era por el tiempo que pasábamos juntos en el trabajo, y porque sinceramente yo estaba demasiado ocupada para prestarle atención a su desagradable forma de ser.

Un día Mauro me invitó a salir. Educadamente decliné su invitación, pero el tipo, en su afán de querer tener el control, no dejó de insistir. Después de una semana y media de súplicas no tuve de otra más que decirle que sí, pero desde un principio le aclaré que lo único que me interesaba era su amistad.

Salimos un sábado por la tarde. Fuimos al centro de la ciudad a tomar cerveza; el lugar lo eligió él. Recién nos instalamos en el bar, ya me sentía demasiado incómoda. Nunca me había gustado la idea de convivir fuera del trabajo con mis compañeros, y menos cuando se trata de ingerir bebidas alcohólicas. En fin, estaba ahí sentada frente a Mauro y él no paraba de hablar.

Conocer a Mauro fuera del trabajo fue toda una experiencia, y no lo digo en el buen sentido de lo que se creería que implica la frase. El sujeto era verdaderamente desagradable, escucharlo hablar e incluso respirar comenzaba a molestarme, más porque no dejaba de acercarse, de poner su mano sudorosa y confianzuda sobre mi rodilla desnuda (esta clase de actos siempre me han incomodado, sobre todo cuando no existe consentimiento); a pesar de esto, no me atreví a apartar su mano de mí. En algún punto traté de distraer mi hastío, e ingenuamente se me ocurrió preguntarle sobre cuál era su película favorita cuando era niño, a lo que él me respondió:

—No la conoces, yo de niño era demasiado maduro para ver películas infantiles.

—Bueno, da igual si es clasificación A o D, simplemente te pregunté cuál era tu película favorita...

—¿Cómo que te da igual?, seguramente tú veías puras películas de princesitas... tantas, que por eso crees que te mereces todo en el mundo.

—¡Woow!, ¿en serio? ¡Vaya que Disney me ha hecho daño! —contesté sarcásticamente.

Después de mi deplorable y poco exitoso intento por destensar las cosas, decidí que era mejor dejar a Mauro hablar, puesto que cuando yo opinaba o comentaba algo, el tipo me lanzaba cada mirada que me hacía sentir la persona más hueca del lugar. Claro, estas miradas iban acompañadas de una serie de frases pedantes, las cuales tenían el objetivo de hacerme sentir pequeña; de cierta manera lo lograba. Entonces pude ver a Mauro como el monstruo narcisista que todos los compañeros del trabajo detestaban, y esto de alguna forma me parecía intrigante. Así que mientras más hablaba y hablaba (porque nunca dejó de hacerlo), yo tenía más ganas de seguir tomando mi cerveza, pensando que quizá así podría descifrar un poco de esa enigmática personalidad.

A la mañana siguiente, aún adormilada y un poco mareada, pude percibir un olor nauseabundo y casi familiar. Sólo que ahora este se manifestaba de forma tan penetrante que mis sentidos se comenzaron a activar. Quise abrir los ojos, pero estaban tan pesados que parecía que estos se negaban a enfrentar la

realidad. Entonces, a tientas, comencé a buscar. Repentinamente sentí una pierna ajena sobre la mía, así que decidí abrir los ojos lentamente, esperando que lo que sucediera en los próximos segundos sólo fuera un mal sueño. Cuando finalmente desperté, ahí estaba Mauro rodeando mi cuerpo desnudo, con su terrible y característico olor a humedad.

¡MA!

Me dolía Ramón, y me dolía más porque ya no lo soportaba. Llevábamos mucho tiempo juntos como para abandonarlo; me daba miedo que con mi ausencia el inútil destrozara de un berrinche toda la casa y, entonces, ¿qué sería de él sin mí? Yo podía pasar días sola, en completo silencio, pero Ramón no; el maldito no dejaba de pedir atención. Disfrutaba abrumarme con su ma, esto, ma, aquello, siempre acompañado de preguntas tontas, las que hace años comencé a contestar con monosílabos. El hecho de profundizar sobre algún tema con él me causaba hastío.

En algún momento le tuve cariño, pero nunca me sentí enamorada. Debo reconocer que Ramón fue una parte importante de mi juventud, nuestras familias se conocían, básicamente crecimos juntos y eso me ayudó a decidir pasar el resto de mi vida con él. Además de que me daba temor ser una solterona. Pensé que pasar la vida con él sería cómodo y fácil, ya que veía cómo sufrían mis amigas por amores mal correspondidos, y a mí la verdad es que esas situaciones me daban flojera.

Me casé con Ramón sin saber que me había matrimoniado con un desconocido. Después de varios años juntos concluí que no quería tener hijos, pues ya era suficiente con cuidar de él. Por mucho tiempo pensé que las exigencias de Ramón eran

comunes en la dinámica de marido y mujer, para mí era normal elegir su ropa, secarlo después del baño y vestirlo, además de prepararle sus tres comidas en un horario exacto. De lunes a viernes esperaba a que llegara del trabajo para desvestirlo, ponerle la pijama y aguardar hasta que él se quedara profundamente dormido.

Ramón tampoco insistió con el tema de los hijos, de hecho creo que nunca lo mencionó y tampoco lo intentó. Nuestra vida sexual era casi nula, pocas veces hicimos el amor (si es que así podemos llamarle), pero eso sí, todas las noches Ramón se acomodaba en mi pecho y comenzaba a succionar mis pezones. Generalmente yo lo disfrutaba, pero cuando buscaba que algo más sucediera, él ya se había quedado dormido.

Un día se me ocurrió comentarle a mi madre sobre la escasa actividad sexual que tenía con mi esposo. De mala gana, me contestó que así era la vida de casada, que no fuera promiscua y respetara las decisiones de mi marido. Claro, antes de eso me salía con la cantaleta de que me apurara a darle nietos.

Ser ama de casa no era sencillo, disponía de muy poco tiempo para mí, el día se me iba en limpiar, en hacer las compras y básicamente en estar a merced de mi esposo. Incluso dejé de ver a mis amigas, y la única vez que salí, al llegar a mi hogar me encontré a Ramón llorando, nuestra habitación destrozada y, además de todo, él tenía lastimadas las manos. En ese momento entendí que no podía dejarlo solo. Lo abracé, ordené el cuarto y curé sus manos. Desde ese suceso Ramón dejó de llamarme por mi nombre, y comenzó a decirme ma.

Que me dijera ma me parecía una novedad, un acto de ternura, algo que pocas veces llegué a percibir en nuestra relación. Hasta cierto punto me gustó, así que comencé a ser todavía más complaciente con él, y Ramón cada día era más demandante. Cuando estaba en casa no se despegaba de mí, me seguía a todos lados; con falsa inocencia me cuestionaba lo que hacía, y a veces charlábamos de cosas sin sentido que con los años empezaron a aburrirme.

Un día llegó del trabajo y, como era costumbre, ya le tenía la cena servida sobre la mesa. Con lágrimas, me ordenó que comenzara a prepararle su maleta, pues en dos días tendría que hacer un viaje de negocios. Me esmeré, y lo mandé con atendedores coordinados para cada día de la semana. Además, me encargué de bordar sus iniciales en la ropa interior, así como de ponerle nombre a todos sus artículos de higiene personal y de primeros auxilios.

Llegó el día, le di la bendición, nos despedimos con un abrazo y un beso en la mejilla. Ramón me dijo: “Me vas a hacer falta, ma”. Cuando se fue, por un instante me sentí perdida, pues hacía mucho tiempo que no nos separábamos. ¿Ahora a quién iba a atender? No tenía hijos, no tenía amigas y no me animaba a visitar a mi madre. Estaba sola. Entonces volví a encontrarme con el silencio, a recordar las veces que mis padres se iban de viaje y yo me quedaba en casa, y deseé que Ramón no volviera, que se perdiera en la carretera o se encontrara con otra ma que lo atendiera.

El regreso de Ramón fue más que pesado, me agotaba física y mentalmente. Comencé a verlo como un niño pequeño de esos que sólo comen, cagan, duermen y lloran para que se les asista en cada una de esas actividades. Si no le prestaba atención al instante, él hacía berrinches, pataleaba, rompía cosas y no dejaba de gritar ¡ma!, ¡ma! Esa palabra que comencé viendo como un acto de ternura, terminó siendo mi sentencia.

A pesar de que yo seguía atendiendo sus necesidades al pie de la letra, ya no podía hablarle con ternura, mirarlo me costaba trabajo y escuchar su voz me irritaba, más cuando se acercaba con su cara de idiota y me decía ma; sentía como si me dieran una patada en el estómago. Ramón sabía que yo estaba molesta, pero se esforzaba poco para averiguar cuál era el motivo. De manera mediocre intentó remediarlo un par de veces jugándole al “cariñoso”. A veces llegaba y me abrazaba con brusquedad y yo sentía cómo me hervía la sangre. Ya no quería que me tocara, ni siquiera para dormir, pero tenía que aguantarme y aguantarlo.

El momento más feliz de mis días era cuando Ramón se iba a trabajar y no tenía que verlo hasta la hora de la comida. En ese tiempo aprovechaba para perderme en mis pensamientos y olvidarme del incesante ma. Generalmente fantaseaba sobre cómo sería la vida sin él. Otras veces ideaba planes para dejarlo. Pensar en eso me conflictuaba, no podía más que imaginarlo haciendo un escándalo y sentía lástima por él. Después de todo, Ramón no era una mala persona, únicamente era demandante, odioso, egoísta y desconsiderado.

Una noche, mientras Ramón succionaba mi pecho, me puse a pensar si él en algún punto de su vida me había amado o si únicamente me necesitaba (eso era evidente, el famoso ma era una muestra de supuesto cariño que cobraba intereses) o si me veía como su esposa, su amiga o su nana. También pensé en cómo sería nuestra vida si hubiéramos tenido hijos, en qué tipo de padre sería él. A mí no me pesaba el hecho de no haberlos tenido, pues finalmente yo era la ma de Ramoncito.

Índice

Doña Lucha	7
La Julia	17
María Luisa, mi amor	25
El acecho	35
¡Ma!	41

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



Visita grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

 Grafógrafxs UAEMex

 @grafografxsuaem

 Grafógrafxs UAEMex

Contacto

 grafografxs@uaemex.mx

Chismógrafo, de Adriana Mondragón Collado, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, calle Sor Juana Inés de la Cruz, número 300, Col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels. (722) 277 3835 y 277 3836.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 3, núm. 1, de *Grafógrafxs*, enero-marzo de 2021.

PRÓXIMOS TÍTULOS:

**El día de los chacales
(Instantáneas de dos bastardos)**

Alonso Guzmán

**Acapulco (me entró al ojo una estrella
de cine, mamá)**

Cecilia Juárez

(Una banda de punk llamada) Rattus

Andrés Paniagua

Juchitán tiembla

Efraín Velasco

Historias de mujeres que viven la vida de otras mujeres, seres inmersos en la obsesión, consumidos por sus propias creaciones. Personajes reales e imaginarios atrapados en ensoñaciones que los paralizan o en relaciones que no desean. Historias en donde los aromas y apariencias juegan un papel similar al del destino. Parejas que se enlazan a través de sus locuras y manías.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA

gratígrafxs

